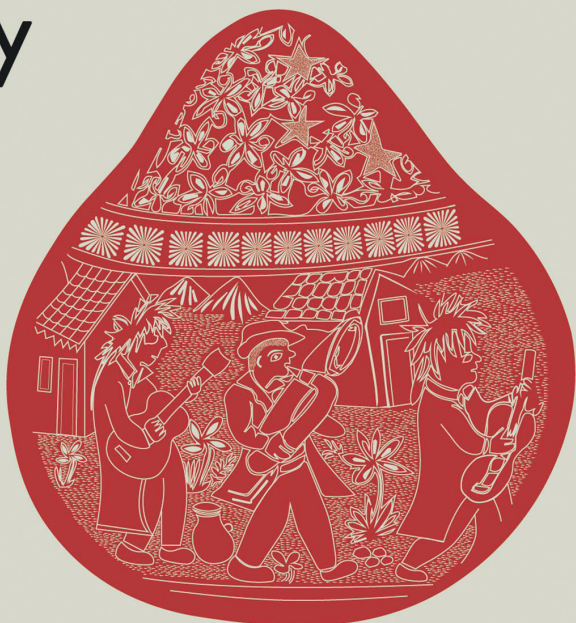


003

COLECCIÓN IMPRESCINDIBLES

THE CURE EN HUANCAYO

Ulises
Gutiérrez
Llantoy



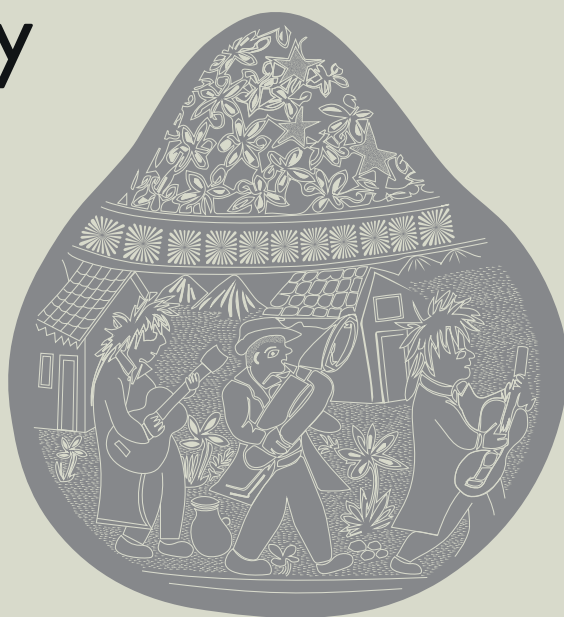
 Planeta

003

COLECCIÓN IMPRESCINDIBLES

THE CURE EN HUANCAYO

Ulises
Gutiérrez
Llantoy



 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

The Cure en Huancayo

© 2020, Ulises Gutiérrez

Corrección de estilo: Elizabeth Bautista

Diseño de portada: Departamento de diseño
de Editorial Planeta Perú

Ilustración de portada: Nacia Gutiérrez Llanto

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena
del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: marzo 2020

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-319-529-8

Registro de Proyecto Editorial: 31501202000194

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2020-03116

Impreso en Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel,

Ate Vitarte, Lima 3 - Perú

www.cecossami.com

Lima - Perú, abril 2020

El viaje de la *muchka*

Llamé pensando en deshacerme de la *muchka*, aceptaría cualquier oferta para que se la llevaran. Dependiendo del tamaño, el estado de conservación y si es original o no, podemos pagar hasta doscientos dólares, me dijo, por el celular, un tipo con acento francés al que había contactado a través del aviso de periódico que ofrecía comprarla; un aviso que se refundía en un rincón de la sección «Varios» de la edición dominical y que encontré y leí por casualidad en la sala de espera del mecánico que nunca terminaba con el mantenimiento de mi auto. La palabra «muchka» —escrita así, en quechua— parecía levantar la mano, navegar solitaria en medio del mar de palabras en español, se centró en la retina de mis ojos apenas lo vi: «Compro *muchkas*. Pago buen precio».

La oferta de los doscientos dólares me sorprendió: ¡No solo iría a deshacerme de la *muchka*, sino que me pagarían por ello! ¡Excelente!, contesté sin ocultar mi conformidad y acordamos un encuentro en dos días.

¿Qué habría querido decir el francés con eso de si es original o no?, me pregunté al colgar. ¿Podía existir una *muchka*

falsa? ¿Se podía imitar un mortero de piedra? Reí para mí y, al llegar a casa, la fui a buscar hasta el pequeño espacio que hacía las veces de lavandería en mi reducido departamento. Ignorada, a un costado del bote de basura, cubierta de polvo, bajo el fregadero, la *muchka* yacía boca abajo en una esquina. Inútil, yerma, baldía.

Ahí había permanecido desde el día en que mi abuela apareció en el piso, golpeando la puerta, arrastrándola dentro de un costal de *nylon* como quien arrastra una bola de acero. Es un regalo para ti, hijito, dijo mi abuela: tú eres quien más la merece, y me la entregó. Intenté negarme, por supuesto. No, abuela, no la puedo aceptar, le dije. Es tu *muchka*, solo tuya. ¿Cómo crees que te la puedo quitar? Te la estoy regalando, hijo, es para ti, insistió. Volví a poner excusas, pero ella volvió a insistir y tuve que aceptar. Terminé jurando que cuidaría de la *muchka* como la había cuidado mi abuela. Ella se iba a vivir a Australia con su hija mayor, la hermana de mi madre, que radicaba allá desde hacía años, y en la larga tarea de despedirse del Perú, de la familia, de sus cosas, había pasado sus últimos días en Lima visitado a sus hijas, nietos, primos, tíos, vecinos, amigas, rematando enseres, repartiendo trastos, deshaciéndose de cachivaches. A mí, me tocó la *muchka*.

Estorbaba en el departamento. Cuando quería guardar algo bajo el lavadero, ahí estaba la *muchka* para evitarlo; la mudaba al cuarto de limpieza, al baño, a algún rincón oculto de la cocina, a un lado de los maceteros, y terminaba estorbando aún más. Decidí entonces deshacerme de ella. La primera vez, aprovechando el despoblado de las mañanas en que me iba a trabajar, la metí en un costal, la cubrí con una bolsa del supermercado y la abandoné en el primer piso con la basura del edificio. Por la noche, al regresar, encontré que el camión

recolector de basura se había llevado todo menos el costal con la piedra; la dejé abandonada pensando que alguien más se la llevaría, esperando que algún reciclador confundido le diera algún uso, esperando el nuevo paso del recolector y nada: la *muchka* seguía ahí. El portero del edificio me abordó al tercer día; los vecinos reclamaban, sabían que la bolsa era mía, y tuve que cargarla de regreso al departamento. La segunda vez, a sugerencia de mi esposa, intenté romperla en trozos y desahcerme de ella tirándola a la basura de a pocos, por pedazos, pero fue el mango del martillo el que se rompió primero y no encontré nada más con qué destruirla.

Saqué a la *muchka* de su rincón. Tenía quince días de vacaciones en el trabajo, mi esposa estaba fuera de Lima por su empleo en el banco; aprovechaba esos días para hacerle reparaciones al auto, trámites, mejoras postergadas al departamento; y entonces la rescaté de su exilio bajo el lavadero. El polvo y las pelusas del abandono habían cubierto sus superficies hasta ocultar casi por completo su verdadera dermis y color. Le quité el polvo, las pelusas, la lavé con detergente y escobilla, la sequé; la dejé limpia, al revés y al derecho, me aseguré de que hasta los intersticios más apartados quedaran libres de suciedad, lista para el encuentro con el comprador.

El día de la cita salí con el auto. Salí de Jesús María camino a San Borja, al lugar pactado, y en el cruce peatonal entre Cuba y Arequipa, en el momento en que vi a una anciana que atravesaba la avenida ante el semáforo, comencé a preguntarme

qué diría mi abuela si se enteraba del negocio. ¿Qué le diría? ¿Qué mentira inventaría yo para justificar que la *muchka* ya no estaba con nosotros, que ya no nos pertenecía? Por primera vez me entró la duda de deshacerme de la piedra, pero luego pensé en lo inútil e incómoda que resultaba en mi pequeño departamento y que era mejor dársela a quien le diera verdadero uso: en una cocina, en un restaurant; recordé la oferta: doscientos dólares. Si un día regresaba mi abuela y preguntaba por su *muchka*, inventaría alguna historia: que la presté, que se la di a un amigo aficionado a la cocina, que pronto me la devuelven. La vendería.

Llegué al lugar, un restaurante en San Borja. El local permanecía cerrado y toqué el timbre tal como me lo había indicado el francés. Un gordo alto, calvo y de cejas abundantes asomó por una ventana luego de unos minutos.

—Hola, soy el de la *muchka* —dije.

—Ahora le abro la puerta —respondió con una sonrisa.

Me estrechó la mano, con cortesía, como si ya nos conociéramos o hubiéramos hecho negocios antes y me pidió que le mostrara la *muchka*. Me acompañó hasta el auto donde la piedra aguardaba, le quitó la bolsa de *nylon* que la cubría y la levantó hasta la altura de los hombros como quien carga un bebé.

—¡Ajá! —dijo—. Negra, bien labrada.

La volteó, la analizó con igual curiosidad y luego la regresó al piso del auto con cuidado como si el mortero no fuera de piedra, sino una pieza de cristal.

—Linda. ¿Cuántos años tiene?

Hice números rápidamente.

—Por lo menos cincuenta años —dije.

—Se nota.

Palpó los bordes del mortero con paciencia, como un ciego leyendo braille y luego, con la misma paciencia, continuó con las paredes internas.

—A estas piedras se les ve la edad en el pulido de sus paredes —dijo—. Son como el vino: cuanto más vieja la cosecha, más ideal el sabor que dejará en la boca.

La respuesta me dejó sin respuesta, jamás había oído nada semejante acerca de la *muchka*. Ni siquiera mi abuela, en sus desesperados argumentos para dejarla conmigo la mañana que me la trajo, había alegado tal bondad.

—¿Y la *ccollota*? —preguntó entonces el francés, rompiendo mis pensamientos.

—¿Perdón? —respondí, fingiendo no entender.

—La *ccollota* —insistió, con una pronunciación quechua casi perfecta, encajando el puño de la mano derecha contra la palma izquierda.

Se refería a la piedra que acompañaba siempre a la *muchka*. Una roca ovalada del tamaño y forma de un huevo de pavo, una piedra lo suficientemente grande y pesada que cumplía el trabajo de molidor junto con el mortero. Mi abuela me había dejado también la *ccollota*, pero, al ser pequeña, hacía tiempo que alguien se había deshecho de ella y no la habíamos vuelto a ver más. No se me ocurrió ninguna explicación para el francés.

—¡Ah!, claro —dije—. Perdóneme, por favor, creo que lo olvidé en mi casa.

Mentí. Pensé que era algo que luego podría conseguir.

—Bueno. Ya la traerá entonces.

—Sí, por supuesto.

—Y, cuénteme, ¿cómo llegó hasta usted esta *muchka*? —se interesó entonces.

—Pertenece a mi abuela —dije.

—Espere —interrumpió—. Pase, por favor, y permítame invitarle algo de beber mientras me cuenta todo: en cincuenta años pueden caer mil historias.

Ingresé con él hasta la cocina. Los cocineros y ayudantes trabajaban en lo suyo, las cocinas llameaban ya desde esas horas de la mañana. Preparó un jugo de aguaymanto y melocotón en la esquina de las licuadoras, mientras me contaba la dedicación que le demanda su negocio, así como la ascendencia de su restaurante y las fusiones gastronómicas que había logrado. De cómo había recalado en Lima después de su paso por casi toda América: «desde Canadá hasta la Argentina».

—Ahora sí, cuénteme la historia —dijo al servirme el segundo vaso.

—Verá. Mi abuelo tenía unos terrenos en San Pedro de Cachora, en Abancay. Al sur —dije, con la intención de ubicar el pueblo en un mapa peruano mental.

—Descuide —interrumpió—, conozco esa zona y casi todo el Perú.

—Cuando murió —continué—, mi abuela se quedó sola y entonces mi madre y sus hermanas decidieron que había que traerla a Lima. Una tarea difícil porque mi abuela había vivido toda su vida en aquel pueblo y se rehusaba a dejar sus tierras. Cuando finalmente accedió, vendió todo lo que pudo, regaló lo demás y recién estuvo dispuesta a vivir en Lima. La mudanza resultó otro problema porque las cosas que ella quería llevar consigo eran interminables. Se mudó en no sé cuántos viajes. Tuvimos que turnarnos entre varios de los nietos, hijos, tíos para acompañarla en una y otra travesía de ida y vuelta a Cachora. Yo, que entonces me preparaba para la universidad y era el mayor de los nietos, la acompañé en el último viaje de mudanza.

Le conté la historia de aquel azaroso viaje.

Salimos de Cachora temprano, casi de madrugada, en un camión destartado hacia Abancay para, desde allí, viajar a Lima. A pesar de mi oposición, mi abuela terminó llevando más equipaje del necesario; mi madre y mis tías me habían adiestrado para evitar cualquier cosa que no fuera su última mudanza de ropa, pero el día del viaje yo estaba rodeado de costales con papas, choclos y carne para la familia; cajas con utensilios, ollas, recuerdos que, según mi abuela, le serían necesarios, imprescindibles en Lima. Entre esas cosas imprescindibles estaba la *muchka*, empaquetada en su propio costal, como si la piedra emprendería el traslado a Lima en un viaje aparte. Era finales de marzo, recuerdo; en la sierra había llovido bastante y las carreteras eran unos botaderos de agua y lodo. En la ruta de Abancay a Chalhuanca nos cogió un huaico. Las venidas habían devorado varias quebradas, tramos enteros de la carretera habían desaparecido y era imposible continuar; de modo que, para salir de allí y alcanzar el trasbordo de los buses acampados al otro lado del huaico y continuar a Lima, había que caminar cerca de un kilómetro por unas trochas también enlodadas, angostas y peligrosas. Los pasajeros que decidían continuar estaban obligados a llevar consigo solo el equipaje elemental, el más valioso, y abandonar el resto de su equipaje. Tuvimos que regalar las papas, los choclos, la carne a unos camioneros que llevaban días varados en el lugar y abandonamos los utensilios, las vasijas, el resto de nuestra carga. Todo, menos la *muchka*.

—¡Abuela, es solo una piedra! —le dije cuando se negó a dejarla abandonada a un lado de la carretera.

—No. No es una piedra, es una *muchka* —atinó a responder molesta.

La recogió del abandono a pesar del lodo. Insistió en que teníamos que llevarla con nosotros. Yo no la voy llevar, abuela, le dije, y entonces ella tomó el costal y la cargó al hombro. No tuve opción, no me quedó más remedio que ceder: ¡cargué la bendita piedra por un interminable kilómetro!

—Fue como llevar las andas del Señor de los Milagros —le dije al francés.

—Lo imagino —dijo entre risas.

—No olvido aquella caminata. Mi abuela me contó entonces la historia de la *muchka*, la historia de cómo la piedra había llegado hasta ella.

Mi abuelo la había traído desde Písac. Él era comerciante y viajaba con frecuencia entre Cusco y Abancay en los años cincuenta, en la época en que los viajes hasta Cachora se hacían en días, en caravanas de decenas de mulas, caballos, varios arrieros. Mi abuelo había estudiado y vivido en el Cusco en su juventud y tenía muchos amigos allá; uno de ellos era un picapedrero de Písac, con quien había estudiado la primaria. Cuando mi abuelo le pidió un consejo sobre el mejor regalo del primer aniversario de bodas para mi abuela, el picapedrero le pregunto: ¿qué tal cocina tu mujer? Mejor que mi madre, contestó mi abuelo. Entonces le regalaremos una *muchka* especial, una hecha por mí, le dijo el picapedrero. Le tomó cerca de medio año terminarla en su taller de Písac.

En plena caminata del trasbordo, con la piedra cargada a mis espaldas, mi abuela me contó aquella historia. Me dijo que, entre las múltiples cosas que le había regalado mi abuelo, la *muchka* había sido una de las cosas que más recordaba.

—Ella cocinaba como los dioses —le dije al francés—. Recuerdo bien sus cuyes chactados, sus rocotos, su *ccapchi*, esas comidas con hierbas molidas que se hacen en la sierra.

—Es que moler especias en una *muchka* es la mejor manera de obtener el sabor de ellas —dijo él—; y como le decía, para eso, la antigüedad es fundamental. Usted puede mandar a hacer una *muchka* ahora mismo: toman la piedra, la esculpen, la pulen; pero el brillo final de la piedra, la superficie ideal, no lo logra ningún otro esmeril que no sea los años: la fricción piedra con piedra, *ccollota* con *muchka*.

—Sí, pues —dije como si en verdad yo supiera aquello.

—¿La *ccollota* que usted tiene es igual de antigua? —preguntó con interés.

Por un momento pensé en hablar con la verdad, decirle que no tenía la *ccollota*, pero a esa altura de la entrevista me parecía tonto arriesgar mi credibilidad, admitiendo que había mentido respecto al huevo de piedra.

—Sí —respondí—. Es la misma que usaba mi abuela desde siempre.

—Una *muchka* sin *ccollota* es como un violín sin arco —bromeó.

Se incorporó. Tomó mi vaso vacío con la intención de ofrecerme otro tanto de jugo, pero le rogué solo un poco de agua. Brindamos por la *muchka*.

—Lo visito el viernes como a esta hora y cerramos el negocio —dije, pensando que en los siguientes días podía conseguir una *ccollota* suplente. Alguna de mis tías debía tener una que le sobre, pensé, las había visto en casa de ellas en las tantas visitas que les hacía.

Regresé a mi departamento pensando en la oferta. Imaginaba contándole la historia a mi mujer a su regreso, gastando los dólares en algo para nuestro departamento, algo para engréirla por sus dos meses de embarazo. La llamé por teléfono, conversamos de cómo le iba en el viaje y de las cosas

que yo estaba haciendo, pero no le conté nada de la *muchka*, quería sorprenderla.

Por la noche llamé a mi madre y a dos de mis tías. Les pregunté si tenían alguna *ccollota* que les sobrara. Ay, hijo, esas cosas ya no se usan, dijo la mayor de mis tías. ¿Estás loco?, mi *ccollota* está conmigo desde que era soltera, dijo la menor. Sabe Dios qué habrán hecho tus hermanas con ella, dijo mi madre.

Llamé a mi hermana. Tampoco tenía, pero me dijo que alguna vez había visto que las vendían en las tiendas de artesanías de Miraflores, en la primera cuadra de Petit Thouars; al día siguiente, por la tarde, fui para allá. Pregunté entre los vendedores si tenían una *ccollota*, tuve que explicarles qué era, y qué era la *muchka*, pero nadie tenía idea de lo que les hablaba. Solo un tipo de barba rala supo decirme algo:

—Aquí no vas a encontrar esas cosas. Quizá en las ferias de La Marina.

Fui para allá, pero tampoco encontré nada. Recordé aquello de «un violín sin arco», y pensé que otra vez no podría deshacerme de la *muchka*.

La solución estaba en encontrar un huevo de piedra, pensé; una que fuera negra como la *muchka*, pero ¿cómo? ¿Dónde? ¿Acaso podía tomar una piedra redonda cualquiera y reemplazarla? Me acordé de Ventura, un amigo que había estudiado conmigo en la secundaria y que en los encuentros anuales de exestudiantes del Melitón Carbajal solía hablar con pasión acerca de sus trabajos como geólogo. No era precisamente el mejor de mis amigos, pero seguramente me ayudaría.

Conseguí su número gracias a otro amigo. Lo llamé, le conté la historia de la *muchka* y el negocio trunco por falta de la *ccollota* y le pregunté si podía tomar una piedra en forma de huevo cualquiera y dónde podría encontrarla.

—Habría que ver de qué tipo de roca me estás hablando —me respondió—. No todas las piedras tienen la misma resistencia. No todas las piedras aguantan golpes, fricciones. ¿Cómo es que son esas piedras?

No supe ni siquiera cómo describir la *muchka* y la *ccollota*.

—Una piedra, pues, ¿no? —respondí— Un mortero de piedra y su piedra redonda, como un huevo, que sirven para moler especias, esas cosas.

—Me refiero a la superficie de las piedras. ¿Cómo son sus superficies?

—Piedras negras. Duras. Lisas.

—Habría que verlas. Si quieres vente en la noche para mi casa. Nos tomamos algo, charlamos y lo vemos.

Fui hasta su casa en Los Olivos. Hacía varios años que no iba por esa parte de la ciudad y no tenía idea del endemoniado tráfico que me esperaba. Enrumbé hacia el norte para llegar con tiempo a la hora pactada, atravesé el centro de Lima, entré al *by-pass* de Caquetá, luego a la autopista Panamericana maldiciendo la idea de haber aceptado hacer semejante viaje. En medio del río bramante y caudaloso de autos, en cada complicación de la ruta, el arrepentimiento, las ganas de olvidar todo y regresar a casa me repetían la pregunta: ¿qué diablos estaba yo haciendo? ¿Por qué no dejar la *muchka* como estaba? O mejor aún: ¿por qué no la tiraba de una buena vez en uno de los basurales que aparecían a un costado de la ruta?

Llegué a la casa de Ventura. Me recibió intrigado por la piedra, había consultado algunos libros de historia: las *muchkas* eran artefactos que los antiguos peruanos usaban desde tiempos inmemoriales, preincas; me preguntó dónde la tenía.

—Está en el carro —le dije.

Me acompañó hasta el auto. Quitó la bolsa de *nylon*, la observó por sus lados y la posó boca abajo. La golpeó con el nudillo de los dedos y la giró como un timón.

—Es una andesita —dijo—. Andesita negra.

No entendí. Para un economista como yo eso sonaba a chino.

—Y eso qué significa —dije.

—Rocas ígneas, intrusivas —dijo Ventura todavía analizando la superficie de la *muchka*—. O sea, de las que se formaron de lava pura y se enfriaron a grandes profundidades de la corteza —agregó adivinando mi turbación—: cuanto más profundas, más uniformes de color, más duras y resistentes, como esta —dijo, golpeando la piedra, otra vez con los nudillos.

Me explicó que la dureza y resistencia de la andesita era de las más altas. Sacsayhuamán, la Catedral del Cusco y gran parte de los muros de las ciudades incas estaban construidas con ese tipo de piedras.

—¿O sea que tengo que ir hasta el Cusco para conseguir una piedra de esas? —dije entre risas.

—No, no. La puedes encontrar a lo largo de la cordillera de los Andes, desde Venezuela hasta La Patagonia; por eso se llama andesita, por la cordillera de los Andes.

—Lo que necesito es una piedra redonda, un huevo de piedra que haga juego con este mortero —dije con ganas de que me ayudara a solucionar mi problema, que me dijera de una vez cómo hallar la *ccollota*.

Me explicó que el suelo de Lima era un cementerio de rocas esféricas, de «huevos de piedra», como yo lo llamaba. Durante millones de años, las rocas se desprendían de las montañas, los ríos las arrastraban desde los Andes, descendían rodando y rodando y, a medida que llegaban a los valles de la costa, se quedaban varadas en el camino, se enterraban en los

suelos. Por esa razón, las piedras eran más pequeñas y más redondas a medida que se acercaban al mar.

—Tú quieres una andesita ovoide del tamaño de un puño, ¿no? —preguntó.

—Exacto —respondí.

—Entonces ve a las playas de Cantolao.

—¿Al Callao? ¿A la Punta?

—A Cantolao, a los lechos del río Rímac, el río Lurín, el río Chillón, a la Costa Verde; en fin, a todos esos cementerios de cantos rodados. Ahí vas a encontrar, entre otras rocas, andesitas ovoides de todos los colores y tamaños. Busca una que no tenga pecas, que tenga el color uniforme, negra como esta, y listo.

La explicación me dejó tranquilo. Era una tarea fácil: era cuestión de ir a uno de esos lugares que sugería y ponerse a buscar piedras ovoides, «cantos rodados» como él los llamaba, negras y duras, sin pecas, como la *muchka*, y listo. ¿Qué límeño no había visto alguna vez piedras como esas?

Luego me convenció para tomar unas cervezas. Empezamos hablando de lo de siempre, de nuestros tiempos en la secundaria, del resto de amigos en común y qué había sido de ellos. Pero al final terminé escuchando más sobre la andesita y las construcciones incas. Me dio consejos para reconocer las piedras y hasta insistió en prestarme un par de libros de geología.

En casa les di una ojeada. Uno explicaba la clasificación de las rocas; el otro detallaba las pruebas físicas para determinar la dureza, la composición química de ellas.

A la mañana siguiente, amanecí con el recuerdo de un sueño. Andaba a caballo con mi abuelo por las chacras de Cachora, me hablaba de las andesitas del nevado Salkantay, de los cañones del río Apurímac, de las ciudades perdidas de Vilcabamba. Nunca antes había soñado con mi abuelo, a

quien, además, había visto apenas un par de veces en mi vida, de niño, y no tenía mayores recuerdos de él. Pero más extraño aún me pareció que me hablara de lugares en los que yo nunca había estado. Atribuí el sueño a los recuerdos de la conversación con Ventura.

Desayuné leyendo el periódico. Alguien llamó al celular. Era el francés.

—Amigo mío —dijo—, no olvide nuestra cita de mañana.

—No se preocupe. Allí estaré —dije dudando de si continuar con el negocio o no por causa de la *ccollota*.

Quedé en visitarlo a las cuatro, de manera que estaría en casa antes de que mi mujer llegara de su viaje. Luego me puse a limpiar el estudio, la biblioteca, una de las tantas tareas pendientes de hacer en mis días de vacaciones. Entre mis libros encontré uno de viajeros, uno con planos de las carreteras del Perú. Busqué aquella en la que aparecía Písac y comencé a seguir, sobre el plano, la ruta que, según mi abuela y mis recuerdos, había hecho la *muchka*: Cusco, Abancay, Puquio; Nasca, Ica, Lima: más de mil quinientos kilómetros, incluido el kilómetro que había hecho sobre mis hombros. Sonreí con el descubrimiento.

Fui para la Costa Verde en busca de una *ccollota*. Decidí ir allí porque estaba más cerca de casa, era más seguro que aventurarme hasta el lecho de los ríos. Entré al circuito de playas por la bajada Dibós, pensando dónde comenzar la búsqueda; circulé despacio por la autopista observando hacia el mar y los

acantilados y me estacioné a la altura de la playa Makaha. Me pareció que ese era un buen lugar. Se podía estacionar, se podía ver la playa de piedras bastante cerca. Eran cerca de las diez de la mañana, el día estaba nublado y frío, un tipo pescaba cerca y algunas personas pasaban trotando a un costado de la vía.

Bajé hasta la playa. El mar entraba, salía, dejaba ver las piedras, limpias, las arrastraba unos centímetros, las devolvía a su lugar. Tomé una piedra y otra para mirarlas de cerca, para analizarlas como, seguramente, lo habría hecho Ventura. Ya había estado antes en esa playa, innumerables veces; sin embargo, era la primera vez que reparaba en la variedad de colores, texturas y tramas que tenían las piedras. Las había verde-azuladas, grises, negras, guindas; con pecas, sin pecas, con agujeros, sin agujeros, lisas, ásperas; cada una diferente a otra en tonalidad de colores, de pecas, de texturas. Busqué alguna que fuera ovoide, pero no encontré ninguna, todas eran aplanadas y no me servían; la fricción de piedras contra piedras en el eterno vaivén del mar había pulido sus caras unas a otras hasta convertirlas en piedras circulares, planas como monedas. Las piedras que se apartaban del mar, en cambio, mantenían su redondez; a medida que me alejaba del mar y me acercaba a la autopista, al acantilado, las piedras se hacían ovoides, esféricas.

Me adentré entonces hasta los acantilados. Revisé una y otra piedra, pero todas, empolvadas, sucias, me parecían iguales. Intenté un par de búsquedas más y abandoné la indagación cuando sentí que me observaban. Algunos de los que pasaban trotando, en sus autos, se distraían al verme hurgando entre las piedras, al pie del acantilado; un patrullero amainó su velocidad y se detuvo por unos instantes a observarme, pero luego continuó su marcha. Me avergoncé. Me sentí ridículo

tratando de encontrar una andesita negra como si en verdad supiera de esas cosas, como si en verdad fuera un geólogo; una piedra de la que, además, yo nunca tendría certeza alguna de que fuera tal y que, de seguro, el francés encontraría burda y falsa. Comencé a caminar en dirección al auto. Me detuve al borde de la autopista a la espera de que disminuyera el tráfico para poder cruzar y entonces levanté la mirada hacia el acantilado. La pared de piedras, escarpada, alta, vertical, como una muralla; reparé en la constelación de piedras redondas incrustadas en ella; millones de piedras redondas, ovaladas como huevos; grandes, medianas, pequeñas, de todos los tamaños, asomaban en las paredes como esperando su turno para caer, como si pasaran la vida observando el mar. Recordé entonces la ruta que había hecho la *muchka*, la ruta que había hecho mi familia materna, migrando de Cachora a Abancay, de Abancay a Ica, de Ica a Lima. Pensé en las cosas que mi madre, mis tías, mi abuela contaban de cada una de aquellas ciudades en las que habían vivido, lo que significaban para ellas. Sentí que yo mismo, a pesar de haber nacido en Lima, de haber vivido todo el tiempo en ella, de cierto modo, era una de esas piedras, uno de esos cantos rodados que había llegado dando tumbos por un río desde Cachora para quedarse, finalmente, en Lima, para quedarse frente al mar.

Entonces, regresé al automóvil, llené un galón con agua de mar y volví al acantilado. Lavé los huevos de piedra que, intuía, me servirían. Seleccioné unos quince y los fui descartando en cuanto las frotaba, unas contra otras, para ver cuál de ellas quedaba marcada a rayas —cuando raspas dos rocas, la más dura deja rayas sobre la más blanda, había aconsejado Ventura—. Me quedé con cuatro piedras, las cuatro finalistas del campeonato de rayado y que, a mi juicio, calificaban como

ccollotas; aquellas que habían salido intactas al ser estrelladas contra las piedras grandes; otro consejo de Ventura para probar la resistencia.

Regresé al auto. Escogí una de las *ccollotas*, la más negra, lisa y ovoide, y la puse dentro de la *muchka*. Las miré juntas. Sabía que no eran el «arco y violín» original, pero era el resumen de mi familia: la *ccollota* inicial se había perdido definitivamente, lo mismo que algunas costumbres de mi rama; pero aún quedaba la *muchka*, la verdadera, la dura, la indemne, la indestructible, como mis recuerdos de Cachora, los recuerdos de mi abuela, los recuerdos de mi familia. Al llegar a casa, estacioné el auto en el subterráneo, descargué la *muchka* y la subí al departamento otra vez sobre mis hombros.

Cuando mi mujer llegó, me preguntó qué hacía la *muchka* y la *ccollota* entre la licuadora y el microondas. Le conté la historia. Eres un loco, me decía a cada momento, entre risas. A media historia, caí en la cuenta de que faltaba un par de meses para nuestro primer aniversario de bodas, debía hacerle un regalo. ¿Qué cosa podría trascender en ella, en el hijo que esperábamos, en la familia que estábamos formando, tanto como la *muchka*?